muertos de hambre comienzan á interrumpir las calles que conducen á los *Terminus* y á los restaurants *Foyot;* vosotros añadiréis más nombres á la lista sangrienta de nuestros muertos.

»Ahorcados en Chicago, decapitados en Alemania, agarrotados en Jerez, fusilados en Barcelona, guillotinados en Montbrisson y en París, han muerto muchos de los nuestros; pero no habéis podido aniquilar la anarquía. Sus raíces son muy profundas; ha nacido en una sociedad putrefacta y que se desgaja y se derriba; es una reacción violenta contra el orden establecido, y representa las aspiraciones de igualdad y de libertad, con que venimos á batir en la brecha al autoritarismo actual. Es indomable, y concluirá por vencerle y matarle.»

Recuerdan estas palabras, por su belleza, las de la moribunda nihilista de Rusia, que antes hemos referido, y en las que se destaca la pasión pura dominando á toda otra cosa, fenómeno que se

trasluce también en las últimas frases de Vaillant:

«Hace mucho que respondéis á nuestras voces con la cuerda ó con la horca; no seáis ilusos; la explosión de mi bomba no es el grito del rebelde Vaillant, sino el grito de una clase que reivindica sus derechos, y que de ahora en adelante unirá los hechos á las palabras.»

Para explicar esta contradicción de dos sentimientos opuestos, el altruísmo y la crueldad, que aparece tan claramente en Vaillant, Henry, y en sus predecesores, es preciso tener presente lo que ocurre á los histéricos, entre los que estaba Vaillant.

La histeria, que es la hermana de la epilepsia, y que conduce, como ella, á la pérdida de la afectividad, se muestra aquí como una tendencia de altruísmo excesivo, que prueba cómo éste no es más que una variante de la locura moral.

«He visto algunas--escribe Legrand du

Saulle (1)—que se asociaban á todas las buenas obras de su parroquia; pedían para los pobres, trabajaban para los huérfanos, visitaban á los enfermos, solicitaban ardientemente la caridad de los demás, y realizaban un gran número de prácticas caritativas, descuidando por ellas á los maridos, á los hijos, y abandonando sus faenas domésticas.

»Estas mujeres hacen una beneficencia llena de ostentación y de vanidad; crean una institución caritativa con el mismo ardor con que unos caballeros de industria emprenderían un negocio financiero de hiperbólicos dividendos.

»Estas mujeres van, vienen, se multiplican, tienen inspiraciones de una lucidez infinita en medio de las luchas y de las catástrofes públicas, y afectan no recibir, por natural rubor, los tributos de admiración de los afligidos llenos de agradecimiento y de los espectadores en-

(1) *L'hystèrisme*, 1880.

ternecidos. Cuando una familia ha sido herida en el honor, en la esperanza, en la fortuna ó en la felicidad, la histérica caritativa tendrá arrojos sorprendentes y espontaneidades conmovedoras.

»La histérica caritativa puede aumentar los rasgos de valor que se citan y repiten, concluyendo al fin por ser legendarios. En un incendio podrá demostrar una gran presencia de espíritu, salvando á un enfermo, á un anciano ó á un niño; en una insurrección se opondrá ella sola al ejército de los revoltosos; en las inundaciones, desplegará un heroismo sin límites.

»Cuando al día siguiente del incendio, de la insurrección ó de la inundación, interrogáramos ó examináramos á esta heroína, la oiríamos decir cándidamente, completamente abatida: «No sé qué es lo »que he hecho; no tenía conciencia del »peligro.»

El sacrificio ha llegado á ser para estas enfermas una necesidad, y practican las

reglas de la virtud por la misma causa patológica que podría impulsarlas á la estafa y á la calumnia; y he aquí por qué muchas veces son á un tiempo santas y criminales. Es notable que muchos criminales hayan tenido rasgos de caridad verdaderamente singulares, arriesgando la vida por salvar á un gato, un pájaro ó un niño, aun en el mismo día en que han cometido un asesinato.

Y es que nuestra parte psíquica está sujeta, como nuestros nervios, á la ley de los contrastes; después de practicar el bien, se inclina al mal, y después de emplear la crueldad, se inclina á la bondad, como la retina cansada ve rosa el color verde, y viceversa. Añádase á esto que en muchos individuos la criminalidad consiste especialmente en la impulsividad, en el ataque violento que les impele á una acción dada; y esta acción, criminal y violenta casi siempre, puede surgir en hombres que no sean malvados, como los epilépticos, que fuera del

acceso pueden ser modelos de bondad.

Hay otros aun verdaderamente criminales que, sintiéndose anómalos, sintiéndose como fuera de la órbita humana, anhelan entrar en ella, cubriendo sus malvados instintos con el barniz del altruísmo.

Por último, no es raro encontrar que la tendencia criminal se cambie en revolucionaria, porque ésta, además de satisfacer los instintos impulsivos, les ofrece un aspecto de generosidad que les permite á veces conquistar alguna influencia hasta sobre los hombres honrados, influencia que ha de ser, naturalmente, su más vivo anhelo, porque al fin son vanidosos hasta la megalomanía. Y esto explica también que en algunos casos se encuentre una relativa honradez en los delitos. Así, Engel y Flegger robaban para la causa anarquista, pero no retenían nada para sí.

En otros casos se explica la contradicción porque, cuando se asocian muchos para cometer un delito político, con el

fin altruísta de favorecer á la comunidad ó al partido, en la conciencia de los autores, y aun del público, el crimen tiene poca gravedad, sea porque «pecado de todos, pecado de ninguno», ó sea porque, en concepto del mundo, el fin altruísta justifica algunas veces el uso de medios no muy correctos. (G. Ferrero, en la *Nuova Rassegna*, 1894.)

El cometer una acción vergonzosa para beneficiar á un tercero y no á sí mismo (por ejemplo, pedir limosna para otro, aunque se esté en las mismas condiciones que él), no produce mal efecto en los demás, y parece en algunas ocasiones obra meritoria. Y así se explica que individuos que no han nacido perversos, cometan acciones nefandas, y tanto más si se considera á qué enorme ceguedad conduce el fanatismo; y así se explica también cómo los verdugos de las inquisiciones podían ser gentes pías y honradísimas, aun realizando obras dignas de asesinos.

Dice muy acertadamente Desjardins

que á muchos la misma bondad les arrastra al delito, porque creyendo buenos á todos los hombres (Reclus y Krapotkine sostienen, contra mi opinión, que los salvajes en el fondo son buenos y honrados), tienen como un derecho á castigar á aquellos que, no siéndolo, perjudican á la humanidad. «*Nosotros concluímos por execrar á algunos á fuerza de amar*»— escribe Randon (1).

Cuando al fanatismo se une la crueldad y surge el delincuente nato, es natural que tome tintes más sanguinarios, tintes que se conservan, podría decirse casi profesionalmente, en aquellos individuos que no eran verdaderos criminales, sino sólo apasionados.

Alguno se maravillará de que una idea tan poco lógica y tan absurda como la anarquía, haya podido fanatizar á tantos hombres; pero es que, si bien la idea es descabellada, no lo son todos sus funda-

(1) *Revue Anarchiste*, 15 Noviembre 1893.

mentos, no lo son las ideas justas admitidas por casi todos estos fanáticos. Además ocurre que el fanatismo corre siempre derecho á las ideas más abstrusas y á las menos seguras y practicables.

Encontraréis cien fanáticos por un problema de teología ó de metafísica, y no encontraréis ni uno por un teorema de geometría; cuanto más extraña, rara y absurda es una idea, tanto más arrastra á sí á los locos, apasionados é histéricos, especialmente en la esfera política, donde todo desastre ó todo triunfo privado se transforman en un desastre ó triunfo público; donde, por último, la misma muerte tiene una resonancia que recompensa al fanático, no sólo de la pérdida de la vida, sino de las más horribles torturas. ¡Oh! ¡Cómo ignoran la historia y la psicología humana los que están inventando nuevas penas para todos estos individuos!

Mas se dirá: si estos raros altruístas son todos ó locos ó fanáticos, ¿cómo es que sus obras llevan el sello de una seria

premeditación ó de un plan estratégico?

Es fácil responder que los planes estratégicos y los complots son sueños de una policía impotente; serán á lo más acuerdos de cinco ó seis personas, porque los locos y los apasionados no tienen nunca más cómplices; mas su obra lleva el sello de la perversión. ¿Qué mayor prueba de esto que el escoger feroces medios para herir á inermes ciudadanos, á quienes ni siquiera conocen, como hicieron Lieuthaut y Vaillant? ¿Y qué mayor prueba de perversión que el creer que se hace un beneficio matando?

«La mayor parte de los anarquistas—escribe Burdeau—pertenecen á la familia de los *asesinos filántropos*.» «¡En su locura—continúa Burdeau,—matan á los hombres por amor hacia ellos!» Y es aún mayor su locura al pretender matar, sin que á ellos los maten, y gritar «¡venganza!» cuando se les aplica la ley del Talión y se recurre á sus mismos medios contra ellos.